

Drat this German tongue, I never shall be able to learn it

Mark Twain*

He recibido la triste noticia de que en el seno de la reputada revista de medicina, lenguaje y traducción *Panace@* se ha tomado la igualmente triste decisión de dedicar nada menos que todo un número monográfico a la abominable lengua alemana, *that bloody language!* Como si no hubiera otras.

Quizá no sepan ustedes que tuve en su momento la posibilidad —y la empleé, ¡en buena hora!— de realizar un interesante viaje por tierras europeas y mediterráneas que me llevó a pasar unos meses de asueto en Alemania. Mi primera impresión sobre ese pueblo que llamamos de los alemanes fue, ante todo, de perplejidad, pues es de todos conocida su inclinación por las ciencias naturales, filosóficas y artísticas, y debo reconocer que de su tierra proceden los vástagos más clarividentes que la filosofía y la medicina, entre otras disciplinas mayores, han tenido a bien parir. Y mi perplejidad se basa en lo siguiente: ¿cómo es posible que tales hombres —menos mujeres entonces, debo decir— pudieran concentrarse en otros pensamientos que no fueran la pausada contemplación de la belleza natural y artística de esta región? ¿Cómo es eso posible? Porque una cosa debo admitir: Heidelberg, donde tuve ocasión de recalar un par de meses durante mi paso por Alemania, es sin duda una de las ciudades más hermosas de todo el orbe —la comparación con mi pobre Missouri resulta odiosa—, que a todo el que la visita embelesa. ¿Cómo pudieron entonces Ludwig Feuerbach, Karl Jaspers, Max Weber, Alfred Weber, entre otros tantos que por aquí pasearon, dar forma a pensamientos de tal profundidad y eco histórico como dieron? ¿Acaso eran ciegos? ¿Les negó Dios la cualidad de poder disfrutar de lo que es bello? Otra explicación no me cabe.

Pero el motivo de esta carta que escribo a su bienintencionada revista es de distinta índole, estrechamente relacionada con el interés de este número monográfico: el alemán. Admitamos, pues, que todos esos seres pensantes —y tantos otros, muchos médicos entre ellos— pudieron evitar sucumbir a los cantos de sirena de la belleza de la Selva Negra alemana y a los encantos del Rin y del Neckar. Sin embargo, ¿no les estaba vedada la posibilidad de pensar lógicamente y de modo ordenado? ¿No es acaso nuestra lengua la que da forma a nuestro pensamiento? Entonces, ¿cómo es posible, vuelvo a preguntarme, que alguien cuya lengua materna sea la alemana pueda ser capaz de articular siquiera medio pensamiento en esa infernal combinación de palabras? Agradeceré cualquier explicación que los lectores de *Panace@* me quieran hacer llegar.

No quisiera lanzarles únicamente estas dos cuestiones al aire sin exponerles, aunque sea brevemente, puesto que imagino que —a Dios gracias— no todos los lectores conocerán el alemán, los motivos que me llevan a pensar que quien habla alemán desde que nace —y por lo tanto lo oye y piensa en él también en el vientre materno, ¿acaso cabe mayor tortura?—

ha de ser, necesariamente, una persona perturbada —pregúntele si no me creen al bueno de Sigmund de cuántas maneras iguales pero distintas se puede proclamar a alguien *perturbado*...—. Mis motivos los expuse ya profusamente en el breve ensayo «The Awful German language» —que publiqué como apéndice a mi libro de viajes *A Tramp Abroad*, de 1880—, pero quisiera incidir aquí en algunos de los aspectos que me parecen verdaderamente graves y que ustedes, en cuanto que médicos o traductores con intereses en la medicina, deberían intentar diagnosticar cuanto antes. Lo de encontrar una cura creo que lo van a tener ustedes algo más difícil.

Como decía, en 1878 pasé una breve temporada en Alemania. Debo agradecer a los alemanes con los que tuve la suerte de toparme que conocieran mi lengua inglesa —*it turned out that there was not a German in that party who did not understand English perfectly. It is curious how widespread our language is in Germany*—. En verdad me llamó sobremedera la atención lo extendido que está el inglés en Alemania: dejen pues ustedes, traductores médicos y médicos traductores, de decir aquello de que hoy en día el inglés esto y el inglés lo otro; en realidad el inglés ya era mucho entonces, cómo no lo va a ser ahora. En primer lugar tuve la oportunidad de visitar las hermosísimas ciudades de Hamburgo y Kassel. Y qué puedo decir, ¡ese país es un auténtico paraíso! Ropa limpia, caras amables, apacible bienestar, prosperidad, libertad genuina, un Gobierno magnífico... Nadie sabe bien cuánto disfruté todo aquello. Y el deleite se volvía infinito cuando por casualidad oía una palabra en alemán... ¡y la comprendía!

En mayo de ese mismo año mi esposa y yo decidimos quedarnos unos tres meses a orillas del Neckar, en Heidelberg, en concreto en el hotel Zum Schloss, que tiene unas increíbles vistas. Entonces mi alemán era aún más deficiente de lo que es ahora, como podrán ustedes comprobar en el siguiente fragmento del escrito que le hice llegar al Sr. Bayard Taylor:

Ich habe heute gecalled on der Herr Professor Ihne, qui est die Professor von Englishen Zunge im University, to get him to recommend ein Deutchen Lehrer für mich, welcher he did. Er sprach um mehrerer Americanischer authors, und meist günstiger & vernügunungsvoll von Ihrer; dass er knew you und Ihrer Rufen Lebe so wohl, durch Ihrer geschreibungen; und wann Ich habe gesagt Ich sollen Ihr schreiben heute Nacht gewesen if nothing happened, er bitte mich Opfer sein compliments, und hoffè Ihnen will ihm besuchen wenn du kommst an Heidelberg. Er war ein vortrefflicher und liebwürdiger & every way delightful alte gentleman.

Con todo mi buen ánimo, me instalé, pues, en Heidelberg, donde, además de la excelente estancia familiar del hotel Zum

* Escritor y ensayista. Samuel Langhorne Clemens, 351 Farmington Avenue, Hartford, 06105 Connecticut (EE. UU.).

Schloss, alquilé, a modo de despacho de trabajo, una habitación bastante agradable en la cima de un monte de nombre Königstuhl, a cambio de cinco dólares al mes, en los que se incluían también clases de alemán por parte de mi familia anfitriona. En realidad me parece una remuneración de lo más liberal, todo hay que decirlo —pero téngase en cuenta también que un traje que en Nueva York me habría costado unos 75 dólares aquí me lo confeccionó un sastre local por unos módicos 18—, aunque en realidad podrían haberse hecho ricos conmigo, porque creo que tardaré más de un siglo, prácticamente hasta la publicación del monográfico de Panace@ sobre el alemán, en aprender este maldito idioma. De hecho, debo de ser medio bobo, porque a veces pienso que, de no haberlo adquirido de manera natural, hoy ni siquiera sería capaz de aprender un idioma tan sencillo como el inglés.

Como decía —creo que de esta maldita lengua se me ha pegado incluso la capacidad de perder el hilo constantemente—, nos instalamos en Heidelberg. La belleza del lugar es incomparable. Desde el hotel, ubicado por encima del castillo de Heidelberg, vemos dicho castillo, el serpenteo del río Neckar y a lo lejos las verdes praderas del valle del Rin, un espectáculo maravilloso. Nuestra habitación tiene dos balcones: uno hacia el valle del Rin, en poniente, y el otro, hacia el Neckar y las dos grandes montañas que se estrechan sobre él. Cuando en el uno hace sol, el otro descansa en la sombra. Como comprenderán, en aquellos meses me pasaba el día entero en uno u otro, leyendo, escribiendo, estudiando si la concentración me lo permitía, fumando e incluso comiendo. Lo que, insisto, no logro comprender, es cómo es posible que nadie logre concentrarse en otra cosa que no sea el mero éxtasis ante semejante paisaje.

Pero déjeme, déjeme de una buena vez que me centre en lo que a ustedes y a mí nos interesa verdaderamente, el alemán. Es esta una lengua de una complejidad apabullante. *A person who has not studied German can form no idea of what a perplexing language it is.* Ya todos sabrán que el alemán consta de tres géneros: femenino, masculino y neutro. Esto no sería en sí mismo algo aberrante —o no *muy* aberrante— si no fuera porque, en alemán, una joven muchacha no tiene sexo, y sí un vulgar nabo —y disculpen lo tosco del ejemplo: *das Mädchen, die Rübe*—, de género femenino para más inri. También es incongruente en lo siguiente: una mujer (*die Frau*) es femenina, sí, pero una esposa (*das Weib*) no lo es, intérpretenlo como quieran. Así que una esposa no tiene sexo. Ya me dirán si la cosa se las trae o no...

No contentos con esto, los germanohablantes declinan todo, desde los artículos más inocuos hasta los adjetivos de todo tipo, pasando por ciertos sustantivos en ciertas ocasiones. Y es que el alemán tiene casos. Vaya si los tiene, por no decir que como lengua es un caso en sí misma. Que yo sepa, consta de nominativo, acusativo, dativo y genitivo. Pero ahí no acaba la cosa: cuando tengo entre manos una palabra, con su debido artículo y su adjetivo, y la declino como Dios manda y me siento como el mismísimo maestro del alemán, llega una preposición —y cuidado con cuál, ninguna es inocente— y se cuele en mi frase para desbaratármela por completo. Y se queda tan ancha: donde, tras mucho cavilar en una compleja

cadena de toma de decisiones, yo ya había decidido hablar de *den Regen* —*lluvia*, suponiendo que el vocablo sea masculino y se emplee en caso acusativo, puesto que la lluvia cae activamente, y por lo tanto implica movimiento..., en fin, no les quiero aburrir con largos paréntesis—, llega mi profesor y me dice que, para emplear la preposición que en este caso, y no en otro, se debe usar, a saber, *wegen* (*debido a*), se debe utilizar el caso genitivo, sin que importe lo más mínimo la larga y ardua travesía mental que yo había realizado previamente. Total, que los pájaros se quedan bajo techo *wegen des Regens* —nótese esa *s* final en *Regens*... Es para volverse loco— y no hay más que hablar. No quieran ustedes imaginarse lo que sucede si a esa lluvia le tenemos que añadir un adjetivo. Mejor que no llueva ni mucho ni poco, ni fuerte ni débilmente, sino que simplemente llueva, con tal de no tener que declinar más. Creo que coincidí plenamente con aquel chaval californiano al que le oí decir en Heidelberg: «I would rather decline two drinks than one German adjective». No puedo estar más de acuerdo, y miren que hay buen vino en el Rin.

Todo esto por no hablar de los magníficos y excepcionales —por el número de excepciones del que gozan— verbos separables, ¡ah, ellos! Son tan originales estos teutones que, por razones que aún se me escapan, en ocasiones deciden partir un verbo por la mitad, colocar la primera mitad al principio de la frase —pero no en un lugar cualquiera, por lo general en segunda posición— y quedarse tan anchos hasta llegar al final de la frase, que es cuando se avienen a colocar la segunda mitad. Entiendan lo sumamente fácil que resulta despistar al lector o, peor me lo ponen, al escuchante, porque el alemán no se puede oír sin más, hay que escucharlo, y aun así...

Otro tema interesante —y ya les dejo— es el de la longitud de las palabras en alemán. Ya habrán oído decir que algunas son tan largas que tienen incluso perspectiva. No me negarán que esto no se parece más a una procesión de letras que a una simple palabra: *Generalstaatsverordneterversammlungen*. Añádanle a la procesión su buen artículo, un par de adjetivos, una preposición de las que tiene excepciones, declínese la mezcla, colóquese en una frase con un verbo separable, conjúguese el verbo en cuestión en un sencillo tiempo verbal que únicamente requiera un verbo auxiliar y sitúese, además, cada palabra en el único lugar correcto que le corresponde. Y así, amigos, así, es como se habla alemán.

No quiero terminar esta carta sin adularles debidamente el empeño que le ponen ustedes, traductores, en aprender esta y otras lenguas —¿habralas más difíciles que esta?— para luego, con fines tremendamente altruistas, volcarlas a la suya propia. Son dignos de mi más sincera admiración y veneración. Sin ustedes, ni yo ni tantos otros habríamos podido gozar de las obras de estas mentes preclaras que tanto han aportado a la Humanidad en su conjunto. No me refiero ahora a *goethes, schillers* ni *mannes*, sino más bien a *freudes, alzheimers, kochs, plancks* y tantos otros médicos ilustres cuyos textos y sabiduría espero que encuentren cabida en este número monográfico. Mis felicitaciones por adelantado y mucho ánimo para aquellos que aún han de enfrentarse al aprendizaje de tan vil lengua. Para ellos son mis últimas palabras:

My philological studies have satisfied me that a gifted person ought to learn English —barring spelling and pronouncing— in thirty hours, French in thirty days, and German in thirty years. It seems manifest, then, that the latter tongue ought to be trimmed down and repaired. If it is to remain as it is, it ought to be gently and reverently set aside among the dead languages, for only the dead have time to learn it.

Se despide de ustedes atentamente,



PS: Aún debo añadir algo más, para regocijo de todos y para que no desesperen: *Ich habe das Deutsche Sprache gelernt und bien ein glücklicher Kind, you bet.*

Nota

Todas las referencias epistolares a mi correspondencia privada están disponibles en la página web denominada *Mark Twain Project Online* <www.marktwainproject.org>. Recomiendo a quien desee conocer más a fondo mis observaciones sobre la lengua alemana que hojee el capítulo «The Awful German Language», de mi obra de 1880 *A Tramp Abroad*.

